

Quiñones Pedro Martín  
 Rocha Antonio  
 Salazar Arturo  
 Serrano Blanco Manuel  
 Tobón Francisco  
 Torres Domingo  
 Vivero Julio

EXTERNOS  
 Casas José Joaquín  
 Campo Rafael  
 Montoya Luis  
 Manotas Luis Eduardo  
 Obando Carlos  
 Rodríguez Aristides

## EN UNA FIESTA DE FAMILIA

Señor Rector :

A alguno había de tocar el honor de ofrecer el acto que los superiores y alumnos de este Colegio Mayor han preparado para festejar el día de vuestro onomástico. La designación ha recaído en esta ocasión sobre mí, y gustoso la he aceptado, porque no se me oculta que, al hacerla, no se ha tenido en cuenta mi capacidad intelectual, pues que, por este aspecto, cualquiera de mis compañeros me hubiera, con mucha ventaja, reemplazado; se ha visto en mí sólo la buena voluntad; ¿y por qué no decir que así entendido, se ha hecho en esta vez una buena elección? Como que para el caso me basta el corazón, la inteligencia sobra.

Vuestros hijos, señor, en ocasiones como la presente, han honrado siempre en vos, más bien que al teólogo, al filósofo, al pensador profundo, al filólogo, al orador, al insigne pedagogo, han honrado, digo, al padre cariñoso de quien se puede decir con el poeta: "Vuestro corazón es pan que nos dais en pedazos."

Sí: que la ciencia se ufane de teneros como uno de sus primeros adalides, que la Iglesia de Colombia se enorgullezca con tal modelo de sacerdotes; que la patria agradecida, grabe vuestro nombre en la historia, todo esto bien está y justo es; que a nosotros nos basta agradecer y mostraros el cariño de hijos vuestros.

Cuando hablo de patria agradecida, quiero referirme tan solo a vuestra labor educacionista, no menos

grande que la de los que os precedieron en la dirección de este plantel, en sus comienzos, pues si ellos formaron héroes como Caldas, Camilo Torres, Torices y tantos más, que ofrendaron sus vidas por conquistar la libertad de un pueblo, vos estáis levantando a los que habrán de guardar y defender este precioso tesoro, no sólo contra los que quieran arrebatarlo de frente, mas también contra aquellos que, pretendiendo ser *muy* amigos de la libertad, quieran dejar sin libertad alguna a los que se contentan con tener un poco de ella.

Se dice con frecuencia que el sacerdote no tiene corazón, porque su amor es, como diría un civilista *in totum*, a título universal, esto es, para una universalidad que se llama la humanidad; pero esto es, a mi ver, lo que lo hace más grande y noble, por lo mismo que es menos interesado y egoísta.

Quien dedica a la juventud veinte y más años, de los más preciosos de la vida, cuales son los que principian con la juventud y terminan cuando la senectud principia, y sin otro interés que el de formar entendimientos bien encarrilados, prontos, claros, perspicaces y prudentes, que mañana dirigirán con tino los destinos de la patria, y voluntades templadas en la fragua del patriotismo, que sabrán hacer doblegar la cerviz al extranjero que a imaginar siquiera llegue que impunemente se pueden lastimar los derechos de la patria; quien esto hace tiene un corazón más grande que el de la misma madre, porque ella, en fin, no puede dejar de amar, en tanto que vos podríais preocuparos menos por nosotros.

Para amar así a la humanidad, sin limitar los afectos al reducido círculo de la familia, es preciso no ser padre, ni esposo, ni madre, se necesita tener el corazón de un sacerdote, de un imitador de AQUEL que, por sus amigos, dio lo que más podía dar, la vida misma.

Pero la prueba más incontestable de esto, la tenemos por experiencia propia: aquí, en el seno de esta familia que se llama el Colegio del Rosario, nos ofre-

céis la miel del panal que guarda vuestro pecho, y como para que no nos empalague, nos la mezcláis en ocasiones con el suave amargor de una afable gravedad, que no humilla, que atrae y cautiva e infunde veneración y respeto.

Aceptad, señor, esta sencilla manifestación de cariño que os hacemos esta noche.

MANUEL ALBERTO ALVARADO

## ALMA

Cerebro, de la vida y de la muerte  
 Arcano: ¿eres acaso, dime en calma,  
 El alma que en materia se convierte,  
 O la materia que se trueca en alma?

¿Si es la ruda materia la que siente,  
 Por qué no ven los cuéncanos abiertos  
 En calavera hueca, indiferente,  
 Ni palpita el cerebro de los muertos?...

Y si es el alma sola, ¿por qué invocas  
 La materia mortal? ¿En qué consiste  
 Que para el beso necesitas bocas,  
 Y para el llanto la pupila triste?...

Cállala: eres tú, para el misterio, loco;  
 Sabes dudar, mas responder no sabes,  
 Y cómo viven, no sabrás tampoco,  
 Alma y materia entre tus surcos graves.

Mas... calla tú, indómita materia,  
 Sultana del orgullo caprichosa,  
 Que confundes la sangre con la arteria,  
 Y el intacto perfume con la rosa.

Que lanzas tu rebelde atrevimiento  
 Entre tinieblas trágicas, intensas,  
 Y porque está contigo el pensamiento  
 Pretendes que eres tú la que lo piensas.